

EPILOGO.

Un magnífico palacio levantado en la calle de Atocha llama nuestra atención cuatro años después de los sucesos descritos. Este palacio era generalmente conocido, y con frecuencia visitado por infinidad de familias que á él acudían á derramar una lágrima de gratitud y bendecir á sus jóvenes dueños, los simpáticos esposos Adriana de Wolsey y Enrique de Velasco, á quienes ya conocía todo Madrid sin distinción de clases, pues á todas procuraban ser útiles conforme á sus necesidades.

Fundadores de muchos asilos de beneficencia, hicieron construir un espacioso

edificio en el camino de Aranjuez, destinado exclusivamente para albergue de desvalidos, donde hacían trasladar gran parte de los numerosos enfermos que visitaban, librándoles así de sus miserables é insanas covachas, capaces por sí solas á precipitarles á una muerte con la que tal vez la enfermedad no les amenazaba. Excusado es decir el bien que esto producía á la humanidad afligida, y las bendiciones que el agradecimiento llamaba sobre los caritativos esposos.

Nosotros, que no hemos de ser peor recibidos que cuantos llegan á visitarles, podemos penetrar desde luego á sus habitaciones, en una de las cuales hallaremos reunida la familia, no tan reducida como la dejamos. Estaba Adriana sentada en un sillón amamantando un robusto niño de pocos meses y sonriendo cariñosamente á su feliz esposo, que á su lado la contemplaba con pasión, mientras su mano jugaba con los sedosos bucles de su hermoso pelo. Frente de ellos, doña Carmen soste-

nia en sus rodillas una hermosa niña de tres años de edad, cuyos infantiles juegos é inocentes caricias rejuvenecían á la dicha abuela. Al tender nuestra vista por el aposento, el anciano José anunciaba á los condes del Redil, ántes de los que entró corriendo un lindísimo niño de no más edad que la hija de Adriana, cuyos dorados rizos flotaban sobre su espalda, y abrazándose al cuello de aquella la dijo con ese encantador lenguaje de los niños, balbuciente é incorrecto:

—Isabelita me ha dicho que te diera mil besos.

—Pues qué ¿venís de las Ursulinas? preguntó la duquesa dejando el asiento y entregando su hijo á la anciana Ana.

—Sí, querida, dijo Lola abrazándola. Hoy Ortiz toma posesion de la subsecretaría de hacienda, é Isabel está ocupada recibiendo las muchas personas que van á felicitarla, por lo que nos hemos brindado á visitar á la niña hoy que se recibe en el colegio.

—No les faltará á ambas un abrazo mio, respondió Adriana, mientras Lola besaba á doña Carmen y á su bella nieta, y los dos felices esposos encendían un par de legítimos habanos arrellenándose en un confidente.

Siguióse luego una de esas íntimas escenas de familia en que las madres se cuentan las gracias y proezas, salpicando sus palabras con besos y abrazos á las prendas de su corazón, escuchan los padres á unas y á otros con amor y embelezo, y á todos miran embobados los abuelos, y vertiendo lágrimas de alegría levantan á Dios los ojos dándole gracias por la inefable felicidad que les acompaña al sepulcro. Así la anciana madre de Velasco no pudo menos de exclamar mirando á sus hijos y á sus nietos:

—¡Oh, dichosa vejez la mia, tan dichosa como honrada!

Mas como no siempre nos es dado contemplar los brillantes rayos del sol, una amenazadora nube oscureció al momento

tan diáfano cielo con la repentina aparición de la baronesa del Monte, á cuya vista se levantaron todos pintándose en su rostro la más viva sorpresa y alarmante ansiedad, y era que venia con el semblante desencajado, los ojos hundidos y rodeados del encendido surco que tras sí dejaron las copiosas lágrimas que vertieron. Su cabello y traje en desórden, y todo el aspecto de su persona tal, que justificaba la alarma con que fué recibida.

— ¡Mamá! —

— ¡Tía! —

— ¡Señora! —

Tales fueron las exclamaciones con que le saltaron al paso, á las que contestó arrojándose en una butaca y ahogando sus sollozos con su pañuelo de encaje.

— Pero tía, ¿qué sucede? preguntó Adriana temblando.

— ¡Por Dios, mamá! ¿qué es eso? dijo Lola rodeando con sus brazos el cuello de la baronesa.

— Soy la mujer más desgraciada del mundo, pudo al fin exclamar.

— Pero sepamos qué ocurre.

— Mi Luis... mi Aurora...

— ¿Qué?...

Era inútil toda pregunta, pues las lágrimas le ahogaban la voz, y solo despues de haber desahogado su desesperacion con ellas, pudo dar salida á las palabras que con tanta ansiedad todos esperaban, por las cuales vinieron en conocimiento de lo sucedido, que brevemente explicaremos á nuestros lectores.

Casada Aurora con el hijo de un rico banquero por mero capricho, y á despecho de sus padres, que no admitian yerno sin blasones, el cual cayó incautamente en las artificiosas redes de aquella hasta el extremo de depositarla para hacerla su esposa, y creyéndose ésta superior á él, entró en su nueva casa como en país conquistado, malbaratando en un día lo que el viejo banquero reuniera en muchos años, y sembrando la discordia entre padre é

hijo en términos que aquel bajó al sepulcro agobiado por pesares que su vejez no pudo resistir. Libre ya de su suegro, aumentó su despotismo, y abusando del predominio que ejercía sobre su esposo, hízole comprar un título de nobleza, que fué el precio de la paz con sus deliciosos suegros, lo peor que al novel hidalgo podía sucederle, pues aconsejada por su vanidosa madre vino Aurora á ser el constante tormento y la inevitable ruina de su marido, por lo que éste, en el colmo de su desesperación y debido quizás á un momento de lucidez que la misericordia de Dios quiso concederle, rennió lo que de su fortuna le quedaba y emigró de Madrid, dejando la siguiente carta que en sus crispadas manos estrujaba la del Monte:

«Señora: Vuelva usted á recobrar su hermosa hija, que harto desgraciado me ha hecho ya, y dedíquese con toda la solitud que debe á enseñarla los deberes de la mujer, para que pueda algun día ser buena esposa y buena madre de familia. Co-

mo creo esté lejano, voy á esperarlo léjos de ustedes en busca de la paz que tanto mi corazón necesita.»

—¡Infamel ¡infamel exclamaba la baronesa, ¡esto es inicuo, abusar así del candor de una niña hasta arrebatarla á sus padres, para abandonarla luego tan villanamente!

—Y Aurora, ¿qué dice á eso? preguntó Lola.

—¿Qué ha de decir? . . . que su marido es un monstruo de quien Dios le ha hecho señalada merced en librarla.

—Pues si eso dice, no hay motivo para desesperarse, repuso la duquesa.

—Pero como él es un hipócrita, la opinion pública condena á mi pobre hija, y yo no puedo resistir tal humillacion . . . ¡y aun si fuera esta sola! . . . lo más grave no lo sabeis, ni encuentro palabras con qué expresarlo.

—¿Todavía hay más?

—Mi Luis . . .

—¡Cómo! ¿qué le pasa á mi hermano?

— ¡Es horrible! . . .

— Pero sepamos . . .

— Estamos arruinados, perdidos para siempre.

Palideció Lola, y despues de cruzar Enrique y Adriana una mirada de inteligencia, repuso ésta:

— Por ahí debíamos haber empezado, querida tia: lo sucedido á Aurora y lo que ha hecho Luis lo teníamos previsto.

— ¡Cómo! ¿Tambien tú osarás culpar á tus primos?

— No creo haber culpado á nadie; solo pregunto: ¿quién es el culpable de todo eso?

— ¿Quiénes han ser? El reptil que mi hija se dignó levantar hasta ella, y la caprichosa esposa de Luis, que mira á su marido como uno de sus juquetes.

Sonrió la duquesa y prosiguió:

— Sepamos qué le ha sucedido al baroncito.

— ¿Qué ha de sucederle? . . . Que agotado cuanto su esposa y nosotros teníamos,

quiso probar fortuna en el juego para satisfacer los caprichos de aquella, y . . .

La baronesa no pudo proseguir; de nuevo las lágrimas acudieron á sus ojos.

— Grave debe de ser lo que así le trastorna á usted, dijo el conde del Redil.

— Estamos perdidos; nuestra ruina, nuestro descrédito es inevitable.

— ¿Y á cuánto asciende lo que ha perdido Luis? preguntó el esposo de Adriana.

— Es muy crecida la suma, repuso la baronesa, y lo peor es que ántes de las cuatro debe satisfacer á dos tribunales, y mi hijo, ántes que verse en tal afrenta, ha jurado levantarse la tapa de los sesos.

— ¡Es posible, mamá! . . . dijo Lola llorando.

— Sí, hija, sí; el baron se ha quedado vigilándole, pues todo puede esperarse de su desesperacion, y yo he venido corriendo, porque necesitaba desahogarme.

Cruzaron algunas palabras Enrique y el

conde del Redil, y dijo el primero dirigiéndose á la baronesa:

—Voy allá al instante, señora, para salvar el buen nombre del baron del Monte.

—¿Usted? exclamó aquella.

—Me cabrá este honor, si usted no me lo impide.

—Me he dirigido á la duquesa mi sobrina para . . .

—Su sobrina de usted, interrumpió ésta, no tiene otra voluntad que la de su esposo, y solo hace lo que él dispone.

Un beso de Enrique selló los labios de Adriana, y junto con el conde dirigiéronse apresuradamente á ver al baroncito. Cuando aquellos hubieron salido, sentóse la duquesa al lado de su tía, y cogiéndola una mano, la dijo:

—Jamás me atreveré á acusar á una madre de la desgracia de sus hijos; mas ¡ay! cuán cierto es que con la educacion que se les da va unida la felicidad ó su infortunio! Usted que tan duramente reprobaba las nuevas y, segun usted, extra-

ñas costumbres, que iba adquiriendo Lola, toca hoy el resultado de ellas. Lola es la mejor de las esposas, el modelo de las madres, á quien bendicen unos, admiran otros y respetan todos. Aurora y Luis, cuyos hábitos tanto usted aplaudia, están al borde del precipicio, arrastrando consigo á sus respectivos consortes.

—¡Oh! eso....

—Sí, tía, es preciso que una vez llegue la verdad á sus oídos por labios que no pueden ofenderla, pues sobrado sabe usted el deseo que los mueve. El esposo de Aurora ha sido hasta hoy un buen esposo, demasiado condescendiente quizás, y ha dejado de serlo forzado por sus sufrimientos, horrorizado ante el porvenir que, siguiendo así, le esperaba. La esposa de Luis es una niña abandonada á sí misma desde su infancia, y por lo mismo voluble y antojadiza; mas al lado de un hombre tímido y de unos suegros que delicadamente supieran desvanecer el humo de que está llena su cabeza, inculcando en ella sanos

consejos y máximas saludables, llegaría á ser una mujer de provecho en vez del sór inútil y casi perjudicial de ahora.

—¿Has acabado con tu arenga? dijo la del Monte temblando de cólera.

—Sí, tia; comprendo que es tarde para desandar lo andado.

—Basta ya, Adriana, que no está mi cabeza para oír sermones, dijo estallando la baronesa. ¡Lástima que no se conceda el púlpito á las mujeres!

Sonrió bondadosamente la duquesa mirando á doña Cármen, que meneaba la cabeza como diciendo:

—Esta señora es incurable.

Levantóse la del Monte, y cogiéndose del brazo de Lola, repuso dirigiéndose á su sobrina:

—Te agradezco todo lo que hagas en esta ocasión, y más si suprimes esos discursillos per innecesarios.

—Comprendo su inutilidad y le ruego me dispense lo que la he fastidiado.

—Vamos, dijo la baronesa á su hija, pues me tarda el momento de llegar á casa.

—Tranquilecese usted, tia, respondió Adriana; mi Enrique lo arreglará todo.

Una hora despues abrazaba éste á su esposa diciendola:

Espero que este golpe será al baroncito provechoso.

—¿De véras?

—Sí, ángel mio; ha llorado en mis brazos como pudiera un niño, diciéndome: «Enrique, eres mi primo al ser esposo de Adriana; por ella, por nuestro parentesco, ya que otra cosa no puedo invocar en mi favor, te ruego que me perdones lo que te he ofendido, y te pido que no te separes un momento de mi lado; necesito de un hombre como tú, pues yo me siento incapaz de luchar solo con todas las contrariedades que me rodean.»—Así se lo he ofrecido, y lo cumpliré.

—¡Dios le ayude! ¿Y cuánto nos cuesta su conversión?

— ¡Cuatro millones! encargándose el conde de cubrir el crédito de tu señor tío, que también anda algo descalabrado.

— ¡Este y su esposa no curarán! ¿Y Aurora?

— Compadezcámosla, Adriana.

— Lo dices de una manera... ¿Qué más ocurre?

— No te lo ocultaré, pues tienes fortaleza suficiente para resistir toda clase de impresiones. Aurora ha tenido, durante la ausencia de su madre, dos vómitos de sangre, y según parecer de los facultativos que acaban ahora de verla, la tisis es irremediable.

— ¡Dios mío! exclamó la duquesa empañándose los ojos.

— ¡Pobre Aurora! murmuró doña Carmen.

— ¡Oh! es preciso hacer regresar inmediatamente á su esposo, Enrique, pues será un gran consuelo para la infeliz. Voy corriendo á prometérselo yo misma, y tú lo conseguirás, ¿verdad?

— ¿Cómo no, si mi ángel lo desea? dijo Enrique estrechándola contra su corazón.

— Pues no me detengo..... Y apoyando sus manos en los hombros de su esposo, preguntóle con dulce coquetería, dirigiéndole una mirada llena de amor: ¿Qué hará mi bien entre tanto?

— Empezaré un libro que se titulará: *Influencia de la mujer buena en la sociedad*. ¡Oh! será mi gran obra, porque absorberé inspiración á todas horas.

— ¡Enrique de mi alma!.....

— ¡Sí, Adriana mial Tú serás el original de mi retrato. Dichoso yo, dichosos mis hijos que tal madre les cabe.

Como si éstos entendieran las últimas palabras, trataron de confirmarlas, la pequeña Carmencita abrazándose á las rodillas de su madre, y el tierno niño prorrumpiendo en sollozos hasta verse en sus brazos.

.....

Algunos meses despues, y gracias á la influencia de sus primos, espiraba Aurora en los brazos de su esposo, tiernamente reconciliada con él y arrepentida de sus pasados errores. Luis miraba con horror el juego y sus amigos de perdicion, y su esposa, que acababa de ser madre, entraba á formar parte de algunas sociedades de beneficencia, de las que era fundadora Adriana de Welsey.

FIN DE LA NOVELA.

INDICE DEL TOMO SEGUNDO.

| | PÁGS. |
|---|-------|
| CAPÍTULO I.—Don Crencio Redondilla..... | 3 |
| — II.—Un sueño que parece realidad..... | 22 |
| — III.—Una realidad que parece sueño..... | 30 |
| — IV.—Donde empieza á recogerse la cosecha del bien sembrado..... | 49 |
| — V.—Tia y prima..... | 62 |
| — VI.—Un nuevo personaje... | 88 |
| — VII.—Gloria y fortuna..... | 104 |
| — VIII.—Alarma..... | 112 |
| — IX.—Un dia aprovechado... | 125 |
| — X.—Continuacion del anterior..... | 149 |
| — XI.—Consecuencias..... | 169 |
| — XII.—Desafío..... | 190 |
| — XIII.—El baile..... | 114 |
| EPÍLOGO..... | 188 |

